

# DRAMATIZACIONES EN EL TRABAJO COTIDIANO. EL CASO DE LOS NIÑOS QUE TRABAJAN EN LAS CALLES DE UNA CIUDAD MEXICANA\*

DRAMATIZATION IN EVERYDAY LIFE. THE CASE OF WORKING CHILDREN  
IN THE STRRETS OF A MEXICAN CITY

ABRAHAM OSORIO BALLESTEROS\*\*

## Resumen

Este artículo aborda algunas de la técnicas dramáticas más comunes que utilizan los niños que trabajan en las calles para impresionar a sus observadores y obtener un trato especial de ellos. Describe las formas como los niños tratan de exaltar su situación: desde las acentuaciones dramáticas, hasta los controles expresivos. De igual manera, aborda las fallas más comunes que enfrentan y que les crean problemas momentáneos, así como parte de las estrategias que adoptan para salvar su imagen. Cierra el artículo con ciertas reflexiones sobre la importancia analítica de estos aspectos.

**Palabras clave:** Niños, dramatizaciones, fallas y prácticas defensivas

## Abstract

This article discusses some of the most common dramaturgical techniques used by children working in the streets to impress observers and get special treatment from them. It describes the ways in which children try to praise their situation: from the dramatic accents to expressive controls. Similarly the article addresses common pitfalls they face which generate momentary problems, as part of the strategies they adopt to maintain their image. The article ends with some reflections on the analytical importance with these issues.

**Key words:** Children, dramatization, failures and defensive practices.

---

\* Este artículo de investigación es producto de un trabajo de campo llevado a cabo en los últimos años, desde la maestría hasta el doctorado, y ahora de una investigación mayor que fue apoyada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) de México.

\*\* Profesor-Investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Doctor en Investigación en Ciencias Sociales con mención en Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-sede México. Dirección postal: Cerro de Coatepec, s/n, Ciudad Universitaria, Toluca, México, C.P. 50100. Email: sub\_abraham@yahoo.com.mx

## Introducción

Diferentes especialistas sostienen que hay varios hechos evidentes y prominentes sobre los niños que trabajan en las calles (Lucchini, 1996; Fletes, 1996): viven discriminaciones sociales, sufren enfermedades y llegan a ser objeto de diferentes formas de violencia, entre otros aspectos. Y, en efecto, al respecto se pueden consultar diferentes trabajos académicos e institucionales que dan cuenta de algunos de ellos. El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) reconoce, por ejemplo, que de los más de 14 mil niños y niñas detectados en 2000 dentro del Distrito Federal, alrededor del 11.8% habría sido detenido por algún policía, 12.1% habría experimentado relaciones sexuales y 6.3% habría usado drogas (DIF-DF/UNICEF, 2000). Datos que se vuelven más alarmantes si se toman en cuenta las cifras reportadas por organizaciones civiles, las cuales normalmente sobrepasan las oficiales.

Y, sin embargo, como algunos de estos mismos especialistas lo destacan (Fletes, 1996; Makowski, 2004), hay otros hechos evidentes y prominentes sobre estos niños que, por lo general, se minimizan o se pasan por alto: que son creadores de una cultura, que saben leer las situaciones y que, en particular, saben comportarse ante la gente.

El trabajo que aquí se presenta busca hacer eco de esta última cuestión, al poner atención en algunas de las técnicas dramáticas más comunes que utilizan dichos niños para tratar de impresionar a sus observadores y obtener un trato especial de ellos, así como para superar los fracasos ocasionales que llegan a sufrir frente a los mismos. Estas técnicas ciertamente no les permiten luchar contra las cuestiones estructurales y sociales que los aqueja, y que los lleva a trabajar en las calles, pero sí les permite situarse y enfrentar su realidad cotidiana, sobre todo si se entiende que “viven en un mundo de encuentros sociales, que los compromete cara a cara” (Goffman, 1970:13), en donde normalmente son sojuzgados o puestos bajo sospecha.

El análisis de estas técnicas está basado en entrevistas semi estructuradas, conversaciones informales y observaciones directas realizadas con algunos niños y niñas en la ciudad de Toluca, Estado de México, en distintos períodos de 2006 y 2011; Toluca es considerada una de las principales ciudades de la República mexicana, con mayor número de niños en situación de calle y trabajadores. Asimismo, el análisis está basado en los conceptos de acentuaciones dramáticas, interrupciones y prácticas defensivas desarrollados por la perspectiva dramática de Erving Goffman (1989), la cual “parte de la idea de que toda interacción social es una actuación (*performance*), es decir, un papel representado frente a una audiencia” (Chihú y López, s.f.:239), por lo que aplica las metáforas teatrales para indicar las distintas actividades que desarrollan los sujetos para guardar sus apariencias así como para defenderse de posibles fallas.

La primera parte del artículo describe las técnicas más frecuentes que utilizan estos niños para exaltar su condición y solicitar un trato especial de sus observadores, en donde

se hacen presentes elementos calculadores pero también tradicionales y solidarios. Por otro lado, la segunda parte aborda los problemas ocasionales que enfrentan y que los dejan momentáneamente “sin cara” frente a sus observadores, puesto que dejan entrever cuestiones que por lo general ocultan a la gente. Finalmente la tercera parte describe la capacidad que tienen estos niños para generar respuestas a dichos problemas, restablecer el orden y recuperar su imagen. Cierro el trabajo con algunas reflexiones generales sobre la importancia que tienen estas técnicas para los niños así como para su comprensión.

## Las técnicas para exaltar la imagen

Al igual que ocurre con otros grupos sociales que viven bajo la mirada de sus observadores, a los niños que trabajan en las calles normalmente les interesa controlar la forma en que los ven los demás, por lo que es común que pongan en práctica una serie de técnicas dramáticas tendientes a lograr ese propósito. Estas técnicas, para utilizar a Goffman (1989), se pueden agrupar en tres líneas: en acentuaciones dramáticas, en idealizaciones y en contenciones expresivas, las cuales, si bien en el terreno empírico permanecen entrelazadas, en términos analíticos se pueden abordar individualmente.

Las acentuaciones dramáticas son aquellas simbolizaciones o evidencias prácticas que utilizan estos niños para pintar su situación (Goffman, 1989), es decir, para hacer que sus carencias se exalten y convezan a las personas con quienes interactúan en sus oficios. De las utilizadas cotidianamente quizás las que más llaman la atención por su visibilidad y por su impacto público son aquellas relacionadas con enfermedades, con actos “peligrosos” y con lazos familiares, puesto que cada una de ellas apunta a distintas cuestiones que llegan a ser “sensibles” para las personas.

En el caso particular de las enfermedades que dicen tener algunos de ellos, es común que las utilicen para manifestar ciertas tragedias en sus vidas y obtener un trato especial de los transúntes, sobre todo porque conciben que con ellas pueden concientizarlos de sus “penas” e inducirlos a ofrecerles alguna ayuda, más aún cuando manejan ciertos signos llamativos para las personas como son vendajes, muletas o sillas de ruedas. Por otro lado, en lo que respecta a los actos peligrosos, es normal que acudan al uso de ciertos objetos que ponen en riesgo su vida para tratar de evidenciar parte de los sacrificios que tienen que realizar para sobrevivir o para ganar dinero. Finalmente, por lo que toca a los lazos familiares es común que algunos de ellos se hagan acompañar de sus pequeños hermanos para trabajar en alguna actividad o para pedir dinero, entre otras cosas, para hacer que sus observadores “se compadezcan” de ellos y valoren sus acciones.

Es importante señalar, sin embargo, que si bien muchas de estas acentuaciones son utilizadas por los niños para dramatizar su situación, varios de ellos también las manejan para ayudar a sus grupos o comunidades, lo cual es particularmente notorio entre los niños oriundos de los pueblos indígenas quienes, además de mantener relaciones duraderas, normalmente se apoyan en diferentes cuestiones.<sup>1</sup> Sobre este aspecto, se puede citar el caso de algunos niños que llegan a manifestar tener cierta enfermedad frente a los transeúntes, pero para obtener ciertos recursos que posteriormente entregan a sus compañeros o amigos quienes afrontan algún problema económico importante en sus casas.

Asimismo, se debe indicar que pese a que estas acentuaciones se logran manejar de manera personal, existe un repertorio limitado de ellas que llegan a estar institucionalizadas, al grado de que varios niños lo llegan a manifestar en algunos de sus argumentos. Saúl, un joven que practica actos circenses sobre una manta repleta de vidrios, así lo indicaba, cuando se le planteaba la posibilidad de realizar otros actos que no pusieran en riesgo su vida.

*[...] No, no puedo de otra manera. Ni modo que le ponga rosas. Esto va así. Los que nos gusta hacerlo, siempre lo hacemos de esta manera (Nota de campo).*

En tanto, que los niños que se quitan los zapatos para impresionar a los automovilistas, así lo manifestaban.

*A: ¿Por qué te quitas los zapatos?*

*M: pus porque sí, no.*

*A: ¿Quién te lo enseñó?*

*M: pus nadie, así es esto.*

*A: ¿Cómo?, ¿no te entiendo?*

*M: Si pus sí. Todos le hacen así. Cuando llegue aquí, vi que el Memo y el Pelas pasaban a pedir dinero sin zapatos y pus yo también los seguí y pus ahora también lo hago [...].*

*A: Pero eso es difícil ¿no? Porque andar sin los zapatos a mediodía es, cómo te diré, un poco difícil, pues queman los pies.*

*M: Si pus sí, pero así es esto [...]. (Entrevista).*

Cuestiones que evidentemente son resultado de diferentes razones, siendo una de las más importantes el tiempo, puesto que la mayoría de los mismos entienden que tales acentuaciones las aprendieron en determinado momento y así lo han venido utilizando desde entonces.

Finalmente, y en paralelo con todo lo anterior, se debe señalar que si bien para la mayoría de los niños las acentuaciones dramáticas no representan mayor problema, algunos de ellos

<sup>1</sup> Incluso, no se puede olvidar el caso de varios niños que son "prestados" por sus padres a amigos o familiares para que éstos los lleven a pedir dinero o a vender algún producto, por cuestiones de solidaridad entre ellos.

tienen más posibilidad de éxito que otros, tanto por las actividades laborales que desarrollan como por las circunstancias sociales y estructurales que enfrentan. Los propios niños parecen entender esta situación cuando señalan cuestiones como: 1) que su condición es más valorada en épocas decembrinas que en otras; 2) que los pequeños son más favorecidos que los mayores, ya que a los primeros las personas todavía los considera “inocentes” mientras que a los segundos “maleados”; y 3) que los que trabajan en el centro de la ciudad obtienen mayores recursos por el número de población que frecuentan y por el contraste que reflejan pues, como decía un joven lanza-fuegos, “no es lo mismo estar al lado de una iglesia en donde la gente le llega tu situación, que en una calle X en donde piensan que les vas a robar”(Nota de campo).

Lo anterior no significa que ciertas acentuaciones dramáticas sean más fáciles que otras, sino que antes bien algunas de ellas tienen mayor posibilidad de realización que otras. De hecho, el problema de dramatizar sus trabajos lo comprenden la mayoría de los niños, quienes asumen que el simple hecho de querer hacerlo los obliga a desviar una cantidad importante de energía o recursos y, en algunos casos, hasta asumir ciertos costos que no siempre son visibles a los ojos de los transeúntes pero que los niños los entienden y los asumen en diferentes momentos. Por ejemplo los chicos “limpia parabrisas” quienes, para aparentar ser expertos en su oficio, tienen que esforzarse en su tarea y hacerla con rapidez a costa del esfuerzo y el cansancio que implica, mientras que entre los chicos que piden dinero descalzos, tienen que aguantar las inclemencias del tiempo, así como las consecuencias derivadas de ello. Por lo tanto, y como señala Goffman (1989), los individuos se enfrentan a menudo con el dilema de la expresión *versus* la acción.

Ahora, pese a que tales acentuaciones son importantes para muchos niños, estas no son las únicas técnicas que utilizan para destacar o enfatizar su situación. También es común que manejen ciertas idealizaciones sobre ella y sobre sus personas, es decir, ciertas argumentaciones para tratar de representar su realidad como plagada de problemas y tragedias. Por supuesto, esto no es algo propio de estos chicos sino que es algo común entre los sujetos, pues como apunta Goffman, cuando utiliza a Coley:

Si [todos nosotros] no tratáramos nunca de parecer algo mejor [o peor] de lo que somos, ¿cómo podríamos mejorar o formarnos desde afuera hacia adentro? [...] [Este impulso] encuentra una expresión organizada en las diferentes profesiones y clases, cada una de las cuales tiene hasta cierto punto una jerga o pose que la mayoría de sus miembros asume inconscientemente pero que produce el efecto de una conspiración destinada a obrar sobre la credulidad del resto del mundo. Hay una jerga no sólo de teología y de filantropía, sino también de jurisprudencia, medicina, educación y hasta de ciencia -quizás en particular de ciencia-, [...] ya que cuanto más reconocido y admirado es un tipo particular

de mérito, más probable es que sea asumido por los que no son dignos de él (Goffman, 1989: 46).

Uno de los momentos más claros donde manejan ciertas idealizaciones es cuando se encuentran en presencia de otras personas que los interrogan, ya que es frente a ellos en donde desarrollan toda una rutina discursiva para tratar de generar un reconocimiento implícito o explícito. En dicha rutina hay normalmente tres elementos que tratan de destacar: 1) la compatibilidad entre ellos y sus trabajos; 2) la relación especial que guardan con sus hogares; y 3) los sacrificios en sus trabajos.

Sobre la compatibilidad entre ellos y sus trabajos, es común que manifiesten argumentos relativos a las capacidades físicas que tienen para trabajar en las calles así como los problemas que enfrentarían sus familiares si también decidieran trabajar, dando a entender que ellos están allí porque ninguno de aquellos podría lograrlo.

[...] creo que los que estamos en la calle somos los más indicados. Aquí se suda y se sufre. El sol, la lluvia y el frío no cualquiera lo aguanta. Mis hermanos muchas veces me han dicho que me quieren acompañar, pero yo les digo que no porque es bien duro y difícil. Ellos están bien chavitos. No me puedo imaginar qué pasaría con ellos. Seguramente se enfermarían de [...] las anginas o les dolería la panza. El Jorge que es el más chiquito, casi siempre se anda quejando de que le duele la panza, si lo traigo tendría que comer lo que yo, puras tortas o cusquerías [golosinas], por lo que es bien seguro que, luego, luego, se iría al [hospital] Nicolás San Juan. Mi otro carnal, el Pelón, es un año menor que yo, pero es bien mensito [tonto]. Si lo traigo pues no creo que pueda vender algo [...] (Entrevista).

Más aún, es muy frecuente que manifiesten tener las capacidades desde que nacieron para justificar su posición y presentar su trabajo no como un trabajo propiamente dicho, sino como algo que deben hacer porque así les corresponde. Y como así les corresponde, no hacen más que asumir consciente y dignamente su situación.

Creo que la gente nace para ser médico, licenciado o doctor. Creo que yo nací para esto, mis hermanos no. Ellos tienen inteligencia, yo no [...] Desde que iba a la primaria me di cuenta de eso. Ellos eran bien aplicados, mientras que yo era bien burro. Por eso me di cuenta que estudiar no era lo mío. Por eso cuando salí de sexto de primaria decidí empezar a trabajar, y por eso ando aquí (Entrevista).

Por otro lado, por lo que respecta a la relación especial que dicen guardar con sus hogares, vale mencionar que en sus discursos generalmente destacan situaciones trágicas o penosas de sus padres que los llevó a tomar la decisión de responsabilizarse de sus hogares y de cada uno de sus miembros, sobre todo de aquellos que consideran vulnerables, buscando generar con ello una especie de reconocimiento personal.

[...] yo estoy aquí porque quiero ayudar a mi madre que enviudó hace dos años. Sufrió mucho cuando pasó eso. Pero [...] ella nunca nos dejó sin comer. Ella se ponía a lavar ajeno, a veces hasta cuatro docenas [...] Pero a mí no me gustaba porque se cansaba mucho. Así que llegó el día en que me dije, Pedro tienes que crecer y ayudar a tu mamá. Y lo hice, empecé a salir y después de algunos meses ya la saqué de trabajar para que cuide a mis hermanitos [...] (Entrevista).

Entrelazado con lo anterior, también es común que hagan alusiones al amor especial que tienen a su familia y, en particular, con uno de sus miembros, para manifestar una especie de responsabilidad y buenos sentimientos frente a sus observadores.

[...] Te voy a ser sincero, a mí me preocupa mi hermana Lucila [...] ella tiene apenas tres años y está creciendo [...] yo quiero que ella vaya a la escuela y que sea alguien en la vida [...] cuando la veo jugar y reír me siento bien contento [...] ella no sabe cómo es difícil la vida. Por eso no le puedo dejar de trabajar [...] (Nota de campo).

[...] Si vieras que bonito es llegar a tu casa y que platiques con tu familia [...] que le des dinero a tu mamá para que ella no trabaje [...] es algo chido [...] se te olvida lo que te pasó en la calle. Si alguien te mentó la madre, si te hicieron fuchis [asco], si se quedaron mal viendo [...] (Nota de campo).

Finalmente, en lo que respecta a que su trabajo es puro sacrificio, los chicos destacan las condiciones en que se desarrollan como una manera de evidenciar que lo que hacen no es nada fácil ni realizable por cualquier persona.

[...] en este trabajo uno llora sangre. Se enfrenta a todo. La gente, la policía, la lluvia, el sol, el frío [...] todos va en contra de uno. Hasta el humo nos chinga [...] yo no sé, pero créeme que si vivieras en esto, sabrías lo que es amar a dios [...] (Entrevista).

Cualquiera que trabajara acá, de sol a sol, no aguantaría. Nosotros hemos aprendido a aguantar vara, pero por ejemplo esos niños o chavos que andan por ahí, seguramente no lo aguantarían [...] (Nota de campo).

Incluso es común que manifiesten argumentos de resignación acerca de lo que les pasa, como una manera más de exaltar su posición y sus acciones.

Pero que podemos hacer, no podemos madrear a la gente por lo que vivimos, ella no tiene la culpa [...] así nos tocó vivir, [...] los pobres así vivimos [...] Por eso tenemos que trabajarle duro y macizo [...] solamente así podemos salir adelante [...] (Entrevista).

Más allá de la veracidad o no de estos discursos, lo que llama la atención en todos ellos es que buscan enseñar una importante lección al interrogador: que no obstante sus edades son sujetos conscientes, responsables y trabajadores que se hacen cargo de sus familias y de sus integrantes. Y, al hacerlo, solicitan implícita o explícitamente ser considerados sujetos de admiración y de confianza. Sobre todo porque entienden que en estos momentos de inseguridad y desempleo un gran número de niños se orientan a realizar otras actividades informales o ilegales.

Los niños también llegan a idealizar su pobreza a partir de una modestia sistemática con la cual tratan de evitar cualquier expresión de riqueza. Algunas de las formas más comunes de hacerlo es mostrarse públicamente como humildes, como consumidores de alimentos baratos y como ignorantes.

Por lo que respecta a la humildad, es frecuente que utilicen modales gentiles y de sencillez además de ropajes desgastados, para evidenciar las limitaciones en su vida así como para mostrar su sumisión y rendimiento frente a otros. Evidentemente, en la actualidad, algunas escenas ofrecidas por ellos problematizan su imagen cuando encontramos chicos que, al contrario de esta lógica, muestran modales insumisos y agresivos, que los hace ver descorteses y peligrosos frente al público.

Por otro lado, para el caso de su alimentación, es muy común que además de consumir “alimentos chatarra”, traten de privarse públicamente de ciertos platillos para evitar suspicacias entre la gente, como hacer suponer que ganan demasiado dinero durante un día, toda vez que entienden que si quieren ser tratados como su aspecto lo evoca, tienen que abstenerse de acciones que no son compatibles con ellos. Entrar, por lo tanto, a un restaurante y degustar los guisados que allí se preparan resulta inaudito entre ellos pues, de hacerlo, posiblemente incrementaría la incredulidad de algunos de los transeúntes que los observarían. Cuestión que

las propias autoridades parecen comprender cuando indican que tales niños no son “tontos”, sino que saben identificar cuándo comprar o no ciertos productos para su consumo.

Evidentemente, siempre hay algunas excepciones a la regla. Sin embargo, aún en estos casos parece reconocerse que esto no es lo lógico, como lo planteaba un niño cuando le preguntábamos del tema.

Por lo que respecta al aire de ignorancia, se sabe que muchos de ellos tratan igualmente de mostrarse como ingenuos y tontos sobre diferentes temas para obtener un trato especial de las personas. Un ejemplo particular de esto, es manifestar que no conocen el nombre de su calle y que no saben cuál es la capital de su estado. Otro más es permitir que ciertos funcionarios les expliquen cosas que ya saben pero que no lo externalizan para evitar ciertas ideas contrarias, como lo hacen las niñas que escuchan a algunas trabajadoras sociales sobre lo que significa la palabra menstruación pese a que todas ellas ya sepan lo que implica. Y uno más, es mostrarse como atentos cuando personas de una organización no gubernamental, les explican diferentes cuestiones de sus derechos, como para demostrar que no saben nada del asunto.

Finalmente habría que señalar que en la idealización de su pobreza los chicos también llegan a fomentar la idea de que ganan poco dinero, por lo que, para evitar sospechas por parte de la gente, es muy común que a determinada hora se dirijan a depositar sus ganancias en un lugar determinado. En el caso de los chicos que piden dinero o venden chicles en el primer cuadro de la ciudad, por ejemplo, es común que lo entreguen a sus madres o tías quienes normalmente son quienes los cuidan; mientras que el de los chicos que limpian parabrisas, es frecuente que a determinada hora lo oculten en sus mochilas.

Ahora bien, pese a que no siempre están conscientes del hecho, estas dramatizaciones e idealizaciones, también son fortalecidas con los controles expresivos que llegan a manejar los niños en sus interacciones con sus observadores. Los controles expresivos son, como su nombre lo dice, contenciones corporales que utilizan los sujetos para transmitir una impresión compatible y consistente con la definición general de la situación que fomentan.

En términos generales estos controles son manejados por los niños para evitar que algún escéptico de su condición pueda sorprenderlos, o bien, para asegurarse de que no tengan lugar accidentes y gestos impensados que puedan contradecir su impresión.

Una de las formas más comunes que utilizan es someter parte de sus deseos, para no contravenir su presentación o hacer pensar a sus observadores cosas distintas a las que evocan. Catalina, la única promotora del DIF que ha trabajado de cerca con ellos, ofrece un ejemplo emblemático del tema cuando indica que algunos limpia-parabrisas reprimen sus deseos sexuales cuando se topan conductoras atractivas, para no crearse imágenes peligrosas ante ellas.

Es muy común que ellos se encuentren con una automovilista bella y con minifalda. Cuando se acercan, sin embargo, como que reprimen sus deseos sexuales, negándose a ver a través del cristal hacia el interior del automóvil. Posteriormente pueden platicar sobre el caso, pero en la situación no ocurre, y [...] [es que] saben que de hacerlo pueden perjudicar su imagen frente a los automovilistas y del mismo grupo [...] (Entrevista).

En esta misma lógica, se ubican ciertos niños que para no tergiversar su imagen de gentiles y sumisos, tienen que contener sus humores cuando alguien los agrede, aun cuando esto implique ir contra su propio carácter. Finalmente, también se puede destacar el caso de la mayoría de los niños que para no mostrarse ansiosos o ávidos de dinero frente a sus benefactores se obligan a no mirar la moneda.

## Las fallas momentáneas

En términos generales, estas las son las técnicas más comunes que manejan los niños para tratar de impresionar a sus observadores y obtener un trato especial de ellos, las cuales, por cierto, normalmente les generan valiosos resultados. Sin embargo, existen ciertos momentos en que llegan a cometer o enfrentar determinadas fallas personales o de sus compañeros que amenazan con modificarlas, dejándolos “sin cara” frente a la gente.

Algunas de las más comunes son las expresiones gesticulares impensadas que producen frente a sus observadores y que transmiten impresiones incompatibles con las que fomentan. Sobre el particular se pueden citar diferentes ejemplos que devienen de la pérdida del control muscular de sí mismos y de los problemas de ansiedad o desinterés que llegan a enfrentar los niños ante sus observadores, los cuales, de alguna manera, constituyen las principales fuentes de las expresiones gesticulares impensadas.

Un ejemplo particular de la pérdida del control muscular, es cuando los chicos se rasan o se tocan alguna parte de su cuerpo considerada íntima en presencia de otros, que termina por producir enfado o repugnancia. Y otro más es cuando por cuestiones de alimentación, llegan a producir ciertos sonidos desagradables para sus observadores como eructar frente a ellos.

A estas expresiones gesticulares, se pueden agregar las que se derivan cuando alguno de los niños trata de impedir que se presenten otras. Este es el caso de los chicos que por evitar que sus hermanos digan algo inoportuno frente a sus observadores terminan por parecer maltratadores ante su público, al regañar continuamente a los niños. Julio, un promotor infantil del DIF, describe claramente este ejemplo:

En una ocasión, mientras realizaba yo mi recorrido por la avenida Juárez, encontré a Miguel Ángel, un chico [...] que se había venido a vender caballitos frente de la tienda de Elektra. Él no andaba solo, estaba con su hermanito, como de cinco años. Este chamaquito es un caso muy especial, porque según me contó Miguel Ángel, cada vez que lo traía decía palabras que a la gente no le gustaba. En una ocasión, por ejemplo, mientras Miguel Ángel estaba vendiendo un caballito, se le ocurrió decir que el chico que iba de rojo era su pinche primo. Como era de esperar, la señora que pretendía el caballito lo quedó viendo y le dijo que no fuera grosero. Y, entonces, le pidió su dinero a Miguel Ángel y se fue [...] Desde ahí el Miguel Ángel lo trae, pero siempre le está llamando la atención. Sin embargo, en otra ocasión por evitar que frente a una señorita dijera otra palabrota, lo sentó y le dijo que no se parara. Pero como se lo dijo fuerte, quedó como si fuera un hermano mandón, por lo que la señorita le llamó la atención frente a todos [...] (Entrevista).

En este ejemplo se evidencia que el individuo que ha sido responsable de una gestualidad impensada puede desacreditar con ello su propia actuación y la de sus compañeros.

Otro tipo de fallas que llegan a enfrentar los niños, son las que aquí podemos denominar como “intrusiones inoportunas”, para retomar una idea de Goffman (1989). Estas se producen cuando un extraño se introduce accidentalmente en sus espacios de reunión donde se comportan con mayor “naturalidad” y sin actuación. Y al hacerlo, puede darse cuenta de ciertas actividades que llegan a ser incompatibles con las que generalmente presentan ante el público.

Sin ser exegéticos en las descripciones, quizás uno de los casos más comunes de intrusiones se presenta cuando un funcionario, conocedor de los niños, llega repentinamente a sus espacios de trabajo, sin previo aviso, y descubre a algunos niños trabajando que se habían comprometido a no hacerlo a cambio de una beca económica mensual, lo cual los deja como “farsantes” y abusivos, puesto que siguen cobrando la beca y trabajando en las calles, cuestión que incluso algunos niños llegan a recordar como un momento difícil, como nos lo planteaba un niño que tuvo esa suerte.

*[...] todo por culpa de un cabrón que no se dio cuenta cuando llegaba su pinche coche. Yo estaba chambeando bien chido, cuando me llega por atrás y me dice: está chida la chamaba, ¿verdad? Y pus que volteó y era ese güey. Me dice, ¿no que ya no ibas a trabajar? Y ya no sabía yo qué hacer, sólo le dije que era un ratito nomás y pues que se encabrona. Ya después le dije que ya le iba yo a dejar (Nota de campo).*

Otro caso similar se presenta con los padres de ciertos niños, quienes formalmente llegan a comprometerse a trabajar si las autoridades no les quitan las becas a sus hijos, pero ocasionalmente son visitados repentinamente en sus hogares y se descubre que no están cumpliendo con el convenio, lo que los hace comportarse de manera nerviosa y confundida. Por supuesto, esto es ciertamente comprensible, ya que así llegan a desvirtuar su imagen y a perder su cara, como si quisieran –como diría Garfinkel- ser tragados por la tierra. Y es que, como lo hemos visto con ambos ejemplos, estas intrusiones llegan descubrir “secretos muy profundos –bien ocultos- o características negativamente evaluadas” (Goffman, 1989: 224).

Estas no son, sin embargo, las únicas fallas o problemas que llegan a enfrentar los niños en el desarrollo de su papel. También existen las llamadas “metidas de pata” y las escenas, como diría nuestro autor. Las primeras ocurren en momentos en que un chico, sin pensarlo, hace un aporte que destruye la imagen de sus compañeros y la de ellos mismos. Un ejemplo normal se presenta cuando existen niños pequeños acompañando a sus hermanos. Los pequeños llegan a manifestar discursos o palabras que en un instante ponen en tela de juicio lo expresado por sus hermanos. Andrea, una niña del centro de la ciudad, nos cuenta un caso particular que ella vivió cuando, por primera vez, se hizo acompañar de su hermana menor para vender golosinas.

[...] yo iba con mi hermana vendiendo chocolates de a peso y pidiendo dinero. En ese momento una señora güerita se me paró enfrente y me dijo: por qué vendes chicles y pides dinero. ¿Acaso tus papás no trabajan, no ganan dinero o están enfermos? Yo le dije que mis papás si trabajan, pero que [lo hacían] en el Distrito [Federal] y que si yo salía a vender [...] era porque quería ayudarlos. Pero [de repente] mi hermanita metió su boquita y me dijo, ya no platiques tanto, [...] mi mamá nomás nos está viendo allá. Quiere que vayamos a comer, [...] Entonces me dijo la señora, no que no están aquí tus papás. Yo me puse bien roja, y ya no sabía qué hacer. Nomás me agaché [...] (Entrevista).

Una experiencia distinta pero igual de ilustrativa es la que vivió Gerardo, otro de nuestros informantes, cuando se le ocurrió llevar a su primo a pedir dinero en la avenida Juárez. Al principio, según nos comentaba:

*el niño permanecía callado y solamente observaba lo que hacía cuando se acercaban las personas. Sin embargo, después de algunas horas, el niño empezó a interrogar por qué se comportaba así, al grado que cuando una señora de edad se acercó a regalarle una moneda, el chico le comentó que ya no pusiera su cara así y que ya se riera como un momento antes, lo cual generó suspicacias entre la señora quien, al final, ya no le quitó la moneda*

*pero sí se fue desconcertada, al parecer, por lo que había escuchado del menor (Nota de campo).*

Para concluir, se pueden mencionar igualmente las llamadas “escenas”, las cuales, si bien ocurren de manera ocasional, también comprometen la imagen de los niños. Una de las pocas escenas que logramos detectar en nuestro trabajo de campo fue la que tuvo lugar en una tarde de enero cuando, un par de chicos que tuvieron problemas con otros, lanzaron críticas públicas y abiertas contra los mismos, indicándoles que mentían a la gente sobre lo que decían, al grado de afectar su presentación y la de los otros. Cuestión que después comprendieron cuando algunas personas les manifestaron que ya no les creían.

### Prácticas defensivas

Ahora, como estas fallas o problemas causan “conmociones” temporales a los niños frente a sus observadores, la mayoría de ellos acuden al manejo de ciertas “técnicas salvadoras”<sup>2</sup> para tratar de solucionarlos o minimizar sus efectos. Estas técnicas dan cuenta de la capacidad que tienen para reaccionar y recuperar su imagen, aun cuando no sean reconocidas como tales por los propios sujetos, por las formas prácticas en que las manejan en su vida como diría Bourdieu.<sup>3</sup>

Una de las técnicas más utilizadas por estos niños cuando no logran impedir un incidente, es tratar de mantener la ficción de que no ha ocurrido una amenaza contra la presentación. Es decir, hacer “como si no hubiera pasado nada”. El ejemplo más evidente de ello se encuentra cuando los chicos fingen no haber escuchado algo después de que alguno de sus compañeros ha manifestado una palabra obscena frente a sus observadores, como dándoles a entender que fue ocasional.

Esta técnica, por supuesto, adquiere diferentes matices entre los chicos estudiados. En algunos casos se mantiene la ficción de que no ha pasado nada haciéndose “los sordos” y en otros haciéndose “los ciegos”. Como ejemplo de esto último, nada más emblemático que la situación en que los chicos se hacen como que no han visto nada después de que uno sus compañeros ha realizado un acto considerado indebido, como tocarle los glúteos a otro de sus compañeros, mientras se encuentran en presencia de otros.

<sup>2</sup> Este término es tomado del artículo de Goffman (1970), “Sobre el trabajo de la cara. Análisis de los elementos rituales de la interacción social”, incluido en su texto *Ritual de la interacción*. El cual, si bien no lo define explícitamente, se puede entender como las prácticas que sirven para contrarrestar incidentes, es decir, sucesos cuyas consecuencias simbólicas efectivas ponen en peligro la cara.

<sup>3</sup> Para Bourdieu el término práctica o práctico sugiere que algo es dado por descontado, no es reflexionado y está fuera de la conciencia discursiva.

El hacer caso omiso a la pérdida de la compostura de algunos niños frente a sus observadores, es también otra forma de mantener la ficción de que no pasa nada, al hacer ver que sólo es un evento sin importancia, que no afecta la presentación de los chicos. Una variante de todas estas formas, es que los chicos se rían de ciertas disrupciones como señal de que comprendieron las implicaciones expresivas de esas fallas, pero que no las toman en serio.

Una investigadora conocedora de los niños, aunque orientada hacia otros temas, así nos planteaba un caso particular de esto.

Cuando asistía a un acto en el Palacio de Gobierno, siempre me causaba impresión las formas en que los chicos se comportaban ante la gente y decidí terminar con ello. Me acerque a una [niña] de los que venden chicles y, como que no queriendo la cosa, le hice algunas preguntas: de dónde era, cuántos años tenía, si tenía familia, etc. A todas las preguntas dio una respuesta concreta y sencilla, como si no tuviera problema alguno en que lo supiera. Al cabo de unos minutos, uno de sus compañeros también se acercó, presumiblemente para que le comprara un chicle que no había vendido. Y digo presumiblemente porque en realidad quería saber por qué platicaba con la niña. Sin embargo, y sin saberlo, hizo un comentario que negó la afirmación hecha por la niña sobre sus padres, apenas unos minutos antes. La niña me había dicho que no tenía papás, pero el chico comentó que su madre estaba a unos metros de ahí enojada porque se había tardado. Ante mi pregunta de por qué me había mentado, se empezó a reír y sin más [que mencionar] me dijo que era sólo una broma, para ver que reacción tenía yo. La forma en que lo hizo obviamente me sorprendió porque comprendí que muchos de ellos utilizan esta estrategia para manejar sus incidentes (Entrevista).

Otra de las formas en que los chicos tratan de manejar las fallas es a través de la intervención de un compañero en el acto, quien hace la función de “corrector” o “contextualizador” de lo dicho o hecho por sus compañeros, como para hacer creer que no tenían la connotación que se supondría. Uno de los casos más emblemáticos se presenta cuando un chico pasa a intervenir inmediatamente después de que uno sus compañeros ha dicho una palabra obscena con la intención de aclarar su sentido o contextualizarla.

Miguel, un vendedor de golosinas en los autobuses, así lo planteaba cuando hacía referencia a la intervención que tuvo después de que su amigo de trabajo había dicho una maldición a un policía, para que éste no fuera desaprobado por las personas presentes.

*[...] tan pronto el policía se subió a su patrulla y arrancó, Jorge le gritó groserías al [policía] municipal. Le dijo en voz alta que era un hijo de puta, que era un perro y que se la iba a pagar. Como yo consideré que eso era bastante fuerte para la gente, me acerqué a las señoras que estaban en la parada y les dije: está bien enojado, discúlpelo, él nunca se comporta así, ahora lo hizo porque el policía le dijo que su madre lo había acostado. Las señoras, entonces, me comprendieron y me dijeron que lo calmara [...] Eso de decir groserías no le ayudaba mucho. Al contrario, lo perjudicaba [...] La gente lo iba a tachar de pelado (Entrevista).*

Las intervenciones, sin embargo, no se limitan a casos como estos, donde se dicen palabras obscenas. Por el contrario, estos niños las usan también cuando se presentan actos corporales que son igualmente censurables y que ponen en riesgo la proyección fomentada por los chicos. Más arriba nos referimos al caso de un chico que llegó a tocarse sus partes íntimas (los testículos) como un gesto impensado. En este caso, un compañero cercano a él, entendiendo la visibilidad del mismo y que podría ofender a sus observadores, intervino para señalar que lo hacía porque estaba enfermo y porque no lo podía controlar, como una manera de justificar el acto.

La intervención de un compañero, empero, no solamente la manejan estos niños en el acto. También la llegan a utilizar para corregir alguna falla ocurrida en otros momentos, lo cual responde en parte a las solidaridades que manejan entre ellos, como ya hemos mencionado, pero también a la idea de que una falla corporal no solamente afecta a quien la comete sino también al resto de los niños, puesto que varios de ellos entienden que cada falla va abonando cierta desconfianza entre las personas hacia ellos. Cuestión que incluso llegan a manifestar en sus observaciones, como lo hacía uno de los niños:

Un día un cuate llegó bien pasado [drogado]. Le dijimos que se regresara a su cantón [casa] para que no le dijeran algo. Pero no quiso. Empezó a hacer sus panchos [desmanes] y pus ya sabes, empezó a “mentar madres”, a decir groserías a los cuates y a la gente que los veía. Ya se calmó hasta que llegó su carnal [hermano] y le dijo que se fueran. Al otro día me daba un chingo de pena con la señora de la lonchería, porque como que nos veía mal. Como que pensaba que todos éramos así. Pero pus no, solamente ese güey ese día se le pasó a botar. Él no es así. Pero para que no pensara otras cosas fui verla y le pedí disculpas. Le dije que el chavo no es malo y tampoco nosotros [...] (Nota de campo).

Finalmente, otra de las formas con que los chicos eluden las amenazas contra su presentación consiste en evitar posibles contactos con los cuales creen que se pueden producir tales amenazas. Un ejemplo particular de esta técnica, es cuando los chicos evitan contactos cara a cara con personas de sus comunidades que consideran pueden exhibirlos en sus modales y en sus formas de actuar. Un chico de escasos 11 años, así nos lo explicó un día:

Yo cuando veo a uno de mi pueblo me escondo, porque luego sacan cosas de mí [...] Si me encuentran, a lo mejor pueden decir que yo no tengo este problema, que si tengo padres, o que no soy lo que aparento, por eso evito encontrarlos (Nota de campo).

Ahora bien, cuando los chicos afrontan los riesgos de un encuentro con ciertas personas ponen en juego otros tipos de prácticas de evitación. Por ejemplo, como medidas defensivas es muy común que eludan tópicos y actividades que podrían conducir a una expresión incoherente con la línea que mantienen. Incluso, es posible que cambien el tema de conversación o la dirección de la actividad, para no dar posibilidad que les expongan ciertos temas. Julio, uno de los promotores infantiles con mayor experiencia con ellos, así nos describió estas prácticas:

[...] Cuando alguna persona se les acerca para platicar, ellos de inmediato actúan. Si, por ejemplo, les pregunta una cosa, ellas contestan otra. Y si insiste, ellos se quedan callados, como si no supieran [...] Ellos casi no hablan de su familia, ni de lo que hacen sus papás, sólo se limitan a decir que trabajan por necesidad. Incluso, es muy común te saquen cosas que no van al caso. Por ejemplo, los que los entrevistan como tú les pasan a sacar temas que ni tienen sentido, como si la grabadora es cara, si tienes mamá, etc. [...] Todo lo hacen para que no les saquen temas que les comprometan (Nota de campo).

Álvaro otro de los promotores también nos dijo algo parecido, cuando nos explicaba sobre el comportamiento de los chicos:

Cuando llegas frente ellos debes tener presente que dejan de hacer cosas y actividades que los pueda comprometer. De hecho, si le preguntas cosas tan comunes como: de dónde son originarios, cuántos años tienen, dónde viven, etc. Ellos generalmente se hacen los occisos o te pasan a sacar otros temas. Esta es una de sus estrategias para evadir al que pregunta. Pero solamente cuando ya tienes tiempo con ellos te das cuenta, menos no [...] (Nota de campo).

También es muy común que al comienzo de una conversación presenten una apariencia de timidez y compostura, que suprime toda exhibición de sentimientos hasta que han descubierto qué tipo de línea están dispuestos los otros a respaldar para ellos. Así, es posible que empiecen con modestia, enérgicos atenuantes y concluyan con algunas bromas. Por medio de estas evasivas preparan una actuación que no será desacreditada por desenmascaramiento, fracasos personales o imprevistos de los otros.

Finalmente, para cerrar este apartado, se puede señalar que en algunos momentos también llegan a hacer uso de ciertas maniobras protectoras que, a diferencia de las anteriores, les permiten protegerse de ciertas personas cuando nos las pueden evitar. Estas maniobras pueden ir desde el respeto y cortesía hacia ellas para tratar de obtener un tratamiento de consideración como correspondencia, hasta las repuestas cuidadosas a sus preguntas expresas para conservar su imagen, pasando evidentemente por la discreción en algunos temas para no hacer posible que alguna persona pueda contradecirlas.

## Consideraciones finales

A pesar de que el fenómeno de los niños que trabajan no es un tema nuevo en las ciencias sociales y, de manera particular en la sociología y la antropología, el tropo de la supervivencia y el sufrimiento han dominado una parte importante de los estudios, lo cual es ciertamente importante puesto que a partir de ello se han logrado dar cuenta de diferentes adversidades, exclusiones y problemáticas que enfrentan normalmente los niños en sus estadias ocasionales o permanentes por las calles. Sin embargo, también han provocado que se dejen de abordar los aspectos cotidianos que, si bien parecen irrelevantes, son centrales para hacer y enfrentar su mundo ciertamente adverso.

Por lo tanto, una de las formas de hacer que estas cuestiones se reconozcan es incursionar en los problemas de la vida cotidiana que, si bien suponen una vuelta a ese material “precario”, “inestable” y omnipresente que son los pequeños actos, arrojan luz sobre instituciones y sistemas sociales más amplios que, de hecho, dependen de las pautas de interacción que siguen las personas día a día.

En este sentido, y haciendo eco a esta sugerencia, este trabajo tuvo como preocupación central analizar algunos de los aspectos menos considerados por los especialistas en el tema, a saber: las presentaciones o actuaciones públicas que manejan estos niños para gestionar la conducta de sus observadores mientras trabajan. Y para hacerlo, partió de la base de que los niños encarnan papeles, los cambian y participan de ellos. Esto permitió dar cuenta —según creemos— de las diferentes técnicas que utilizan para exaltar su situación y para restablecer su imagen después de algunos desaguisados. Pero también incluso para mostrar los problemas más comunes que

enfrentan y que los deja “sin cara”, particularmente en los momentos en que desarrollaban su actividad laboral, que es cuando normalmente ponen mayor atención y esfuerzo en ello.

Para cerrar este trabajo solamente quisiéramos subrayar algunas ideas sobre la importancia que tienen estos aspectos para el estudio y comprensión de dichos niños. Al poner atención en estas actuaciones, en primer lugar, podemos ubicar a los niños callejeros como lo que son: actores sociales en el sentido sociológico del término. Es decir, como sujetos similares a nosotros que les preocupa la forma en que los ven los demás y, por lo tanto, que desarrollan tácticas minúsculas para sacar ventajas sociales y hacer frente a una condición estructural (conformada por la pobreza, el desamparo y el maltrato) que constantemente los niega y los excluye. En segundo lugar, se puede arrojar luz sobre las instituciones y los sistemas sociales más amplios que, de hecho, se alimentan de las pautas de interacción social que se siguen día a día. Tomemos el caso de dos extraños que se cruzan en la calle. Puede parecer que esta situación tiene escasa relevancia directa para formas de organización social más permanente y de gran tamaño. Sin embargo, cuando tenemos en cuenta muchas interacciones de este tipo ya no es así. En las sociedades modernas la mayoría de la gente vive en centros urbanos, interactuando constantemente con gente a la que no conoce personalmente. La presentación es, por lo tanto, uno de los muchos mecanismos que dan a la vida en la ciudad, con sus multitudes que van y vienen y sus contactos impersonales y efímeros, el carácter que tiene.

Finalmente, con el análisis de estas actuaciones se puede reconocer, quizás, otras facetas de los niños -normalmente plagados de desdichas o de pobreza-, en donde a veces pueden manipular o transformar las asimetrías que existen entre ellos y los transeúntes.

## Bibliografía

Chihú, Aquiles y López, Alejandro. (S.F.). “El enfoque dramaturgico en Erving Goffman”. En: [www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/polis/cont/.../pr14.pdf](http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/polis/cont/.../pr14.pdf) [Consultado el 14 de mayo de 2012].

Fletes, Ricardo. (1996). *Infancia abandonada*. Zapopan: El colegio de Jalisco.

Gobierno del Distrito Federal. (2000). *Estudio de niñas, niños y jóvenes trabajadores en el DF*. México: DIF/UNICEF/DF.

Goffman, Erving. (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Editorial tiempo contemporáneo.

Goffman, Erving. (1989). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Goffman, Erving. (2006). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.

Joseph, Isaac. (1999). *Erving Goffman y la micro sociología*. Barcelona: Gedisa.

Lucchini, Riccardo (1996). *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga*. Barcelona: Los libros de la frontera.

Makowsk, Sara. (2004). *Memorias desde la intemperie. Exclusión social y espacio: los chavos de la cale en el centro histórico de la ciudad de México*. Tesis de grado para optar al Título de Doctora en Ciencias Antropológicas. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México.

Osorio, Abraham. (2007), *La vida en el asfalto. Un análisis sobre las presentaciones de los menores callejeros en el trabajo cotidiano. Estudio de caso en Toluca*, Tesis de grado para optar al Título de Maestro en Ciencias Sociales con Especialidad en Desarrollo Municipal. El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, Estado de México.